

Su lenguaje era pomposo, pero su pena sincera. Ignacio iba á responder: «Es el materialismo, señor Ursneur...» Pero reflexionó que el viejo no le comprendería, que habría que entrar con él en explicaciones vanas, y que las digresiones serían muy considerables entre aquel hombre de setenta y cinco años, alimentado de retórica y de utopías, y él, que dirigía toda su joven experiencia á un ideal único y divino... y no dijo nada.

\*  
\* \*

Las imágenes y los proyectos se atropellaban en la cabeza de María Montmelian en tanto que corría, en cuanto se vió libre, á casa de Saverne. Tantas veces se había creído curada de este amor que la esclavizaba, que la humillaba y la torturaba, y tantas veces había vuelto á recorrer, sin embargo, aquel trayecto contra su misma voluntad, bajo el aguijón de un deseo con apariencias de odio, que había concluído por dejarse guiar por su instinto para tener la alegría de no reflexionar. En cuanto se acordaba de Mariana se la aparecía una estampa dolorosa, siempre la misma, que representaba á aquella joven de ojos demasiado grandes en una cara neutra, de largos cabellos oscuros, entre los brazos de Saverne. Este la acariciaba con esa sonrisa incierta y cruel que se dirige no á tal ó á cual mujer, sino á la mujer, y que daba á María ganas de gritar, de morder.

¿Qué golpe de locura la había empujado á confesar á su madre aquellas cosas? ¿Nó conocía la imprudencia que esto entrañaba, por la necesidad de crisis, de lloros, de catástrofes que tenía aquella

mujer colérica sin medida? ¿No se había jurado guardar de «La Imtempensiva», de su influencia funesta, tal secreto?

Ahora sufría el castigo. La muerte de Froncín la entregaba á los pesimismos de su flojedad de mujer. ¿Qué partido tomaría ahora Saverne? ¿Amaría bastante á Mariana para hacerla su esposa? María se repetía para tranquilizarse todas las expresiones burlonas y picantes de que se servía aquel cuando ella le hablaba de ese asunto: ¡«Mariana!... ¡Pero si no es más que un juguete para pasar las horas de pereza!... Tiene las mejillas demasiado encarnadas... Yo soy un enfermo y odio la salud de los demás. Es un entretenimiento, Mariana. Cuando se acerca á mi me siento forzado á alargarla la cara...» ¿Era sincero cuando hablaba así, ó habría que creer las noticias de los criados (María tenía su policía) que le representaban locamente enamorado de su primera querida, sin acordarse de la segunda más que en los momentos que no podía consagrar á aquella?

Las ráfagas de aire silbaban en la plaza de la Concordia llevándose los sombreros de los transeuntes que se descuidaban y medio apagando las luces del alumbrado que empezaban á encender. María vió por encima del Arco de Triunfo un cielo partido en dos mitades: la una despejada, la otra cubierta de nubes oscuras, y comparó con esta ambigüedad la alternativa cruel de su destino.

¿Se arrancaría ella de Saverne? Había intentado hacerlo con todas sus fuerzas, con todo su corazón; en el taller de Salientés el día de la muerte de Verneuil había tenido un minuto de esperanza. Pero la faltaba un apoyo moral superior; la ternura y

la debilidad de Ignacio para con ella la presentaban el reproche y el perdón juntos, y desesperado el pintor por una fatal evocación, hacía surgir entre los dos el personaje temido.

En el boulevard de Malesherbes, á la altura de San Agustín, tuvo deseos de volverse. Se detuvo y miró sin verlas las gentes que se apretaban alrededor de un tranvía. Su oído, de una sensibilidad extremada, percibía todos los ruidos de la calle, las bocinas de los automóviles, las pisadas de los caballos, el rumor lejano de París, pero detrás de este tumulto había aún en ella un diálogo; su voz luchaba contra otra voz demasiado conocida que quería persuadirla y á la cual ella cedía siempre.

Volvió á ponerse en marcha. Dos siluetas entrevistadas en un automóvil que pasaba á escape, le recordaron á Francisco y Juana. ¡Pero qué poco la importaban ahora estos! ¡Qué tontos cuantos continuaban hablándola de aquella fase pasada de su existencia, por una especie de compasión convencional!... «¡Pobre María!... ¡Qué miserable Francisco!...» María se había beneficiado cobardemente de estas atenciones, de estas lástimas á que dan lugar todos los divorcios y en que se atribuyen al marido todas las culpas. Francisco por otra parte, se había conducido bien con ella: no había dicho una palabra de Saverne, y eso que había podido adivinar las razones lejanas y fuertes, aunque puramente sentimentales al fin, de aquella aventura, si es que Juana no le había puesto al corriente.

¡Misterio profundo de los seres, que viven uno al lado de otro, que duermen juntos cada noche, y pueden dejar germinar, y florecer, y dar fruto entre

ellos á una pasión destructora de su unión!... Considerando lo cual bien podía preguntarse quien había empezado á separarse de quién: ¿Francisco de María, ó María de Francisco?...

Cuando María acababa de juntar estos recuerdos melancólicos, llegaba al ángulo del boulevard y de la avenida de Villiers. A pocos pasos de ella se alzaba el hotel de Saverne, que era un edificio vanamente lujoso. La joven contempló con una admiración irritada, como si los viera por primera vez, los adornos de la fachada, los medallones de loza azul y rosa, las altas cubiertas del taller. Allí era, en aquella caja de cristal, donde ella había pasado las horas más emocionantes, las más amargas y las más deliciosas de su vida, y todos los detalles de ellas se la aparecían como sombras fugaces, agitadas, sacudidas por la borrasca, como una carrera de fantasmas.

Luego despertó de aquella especie de sueño... Algo la decía que iba á una nueva decepción, y cuando, después de atravesar la avenida, oprimió el botón del timbre, no escuchó sin inquietud su trepidación, su son que le era familiar, y que se prolongó por un momento, dejando de nuevo en seguida el interior en silencio.

Se había despedido á los criados y la casa tenía ese aire de mutismo habitado que no engaña nunca á la intuición aguda de un enamorado... En aquel momento sin duda *ellos* se decían al oído: —«Esa es María... —No, no es... —Tu la esperabas... —Te juro que no...»,—como hacían María y él cuando era Mariana la que llamaba.

Esperó algunos minutos con el corazón agitado, antes de llamar de nuevo. Lo hizo después, y

esta segunda tentativa no dió mejor resultado que la anterior... *El* estaba allí, evidentemente, pero no quería abrir... pero no podía abrir...

Tuvo tentaciones de forzar la puerta, que no era más sólida que su cólera, de promover un escándalo, de descender aún más á todo por aquel hombre. Hubiera dado entonces su alma por oír dentro, en la escalera, un paso cauteloso que ella conocía. Pero lo mejor era resignarse, ceder la plaza á la otra, marchar.

Sin embargo, en lugar de obrar así, fué á repetir sus intentos por el otro lado de la avenida. Poco la importaba que la vieran. No pensaba ya en nadie ni en nada, sino en él y en aquello, como una monomaniaca, en que se abriera aquella puerta, que comparaba á una boca cerrada guardando un secreto terrible y cuya revelación la era indispensable y urgente.

Empezó á contar para desechar su obsesión, uno, dos, tres... hasta ciento, hasta mil, quedándose parada, fija, atontada, de pie, ante los transeuntes, como una piedra en el lecho de un río, mirando hacia la puerta maldita, que ocultaban con frecuencia los carruajes que pasaban, y que volvía á quedar en seguida visible.

—¡Tan sólo algún abastecedor que viniera!...— pensaba.

Un pastelero miró el hotel, levantó la cabeza para ver el número, pero continuó su ruta.

María se estremeció con frío de calentura, considerando que ahora la otra se quedaría con frecuencia á comer, en tanto que ella sería «los amigos» de que hablaba Saverne con su aire grave de mentiroso.

El día concluyó por completo y vino la noche sin que las cosas variaran. Más tarde la electricidad iluminó el taller... Una mano invisible corrió los cortinajes que dividían la pieza y los que cubrían los cristales que la cerraban... María espantada, hosca, sólo tuvo la fuerza necesaria para hacer seña de que se acercara, á un cochero, en cuyo carruaje se metió y se dejó caer brutalmente. Sus piernas temblaban. Sentía en su cuello, en las sienes, en las muñecas el choque vivo del pulso.

Al entrar en su casa, calle de Borgoña, encontró á Ignacio que la esperaba en un salón, entre una lámpara vacilante y un fuego que se apagaba.

—He pensado—dijo él—que mi presencia en esta trágica ocasión pudiera no ser á ustedes desagradable. Ya casi he consolado á su mamá, que acepta mejor la muerte de Froncín. ¿Es ella tan culpable como se cree?... De todos modos es igual. Ursneur parecía un poco asombrado con la brusca revelación de usted.

—¡Ah, si... Ursneur!—dijo y repitió María, sin enterarse de lo que se trataba. Veía el taller, aquel taller iluminándose repentinamente, y las cortinas corriéndose colgadas de sus anillos...

—Usted está preocupada, María...—dijo Ignacio en tono compasivo. Y añadió con voz tan baja que ella casi no oyó las palabras, pero cuya intención adivinó:

—Usted viene de casa de él...

María desvió los brazos y torció la cara, lo que equivalía á decir:

—Yo no puedo más; esto es superior á mis fuerzas.

—Adiviné esta mañana—añadió el español—en

tanto que V. hablaba, su intención de correr á la avenida de Villiers, de sorprender allí á Mariana... y eso ha ocurrido, ¿no?...

—Sí, ella estaba...

—¿Y nó ha sido V. recibida?...

—No.

Un relámpago de alegría pasó por la cara seria y bondadosa de Ignacio. En aquella alma femenina, atormentada y sobresaltada, en que alternaban la vergüenza, los remordimientos y la voluptuosidad tenáz, el pintor entrevió la libertad de María, debida á un milagro que iba á obrar el dolor.

\*

\* \*

Cansada de esperar en vano la gran *soirée* que debía organizar en su honor Pablo de Fonteroy, Juana había obtenido de Darnot y de Francisco que se diera una en la plaza de Vendôme.

Estaba ávida de consideración. Esta pequeña fiesta fijada para fin de Abril sería sólo para los íntimos, á causa del luto de seis meses, que aún duraba. Pero anunciaría en ella su matrimonio legítimo, y, más tarde, después de esa boda, un orden de cosas nuevo, fastuoso y mundano, sucedería naturalmente á estos preliminares.

Desde hacía tres semanas Juana era la querida de Pablo de Fonteroy. La cosa había sido muy sencilla, en una visita de ella al hotel del parque de Monceau, después de una escena violenta con los otros, en que Francisco había declarado formalmente no poder sujetarse á una ocupación seria. De suerte que Juana había engañado á su amante cuando iba á ser su mujer, y esta situación paradójica la hacía reír cuando pensaba en ella.

No había tenido jamás una educación moral. El germen de conciencia con que cada uno de nosotros nace, no se había desarrollado en ella, porque no había sido objeto del menor cuidado. De tiempo en tiempo le sentía, pequeño y escondido como una cosa que la embarazaba algo, pero ella se las componía para olvidarle por medio de la excitación del placer. Se había dedicado al alcohol y al juego, por imitar á Darnot y á Francisco, y por poder estar en contacto con ellos. «Cuando se ha comido de lo mismo, no se siente tanta incomodidad por el olor de los que comen.» Este aforismo la servía de excusa.

Había escogido á Fonteroy para amante, sin que la gustara, siéndole fastidioso, sólo por que era rico y simple. Se le suponía avaro, y su cara parecida á una bolsa arrugada y cerrada, confirmaba esta reputación. Pero á Juana le agradaba tener que hacer un pequeño esfuerzo cotidiano para aflojar el cordoncito de aquella bolsa, para lo cual conocía el flaco del individuo: la vanidad. Cuando se adulaban sus quimeras, este ser inconsciente y parlanchín, adoptaba un aspecto particular, grave y cándido á la vez; las arrugas de zozobra desaparecían de su frente y se entregaba sin desconfianza. Por otra parte ella le manejaba, pero ese dominio lo reservaba para las grandes ocasiones.

Sus relaciones eran muy secretas. Juana temía los celos y la perspicacia de Darnot, la intuición natural de Francisco, cuyos ojos apagados solían ver bien, sin embargo, la influencia paternal del viejo Fonteroy, y la astucia infinita de su suegra. No se confiaba ni á su madre, á quien el vino y la envidia volvían pendenciera. Rodeada de ase-

chanzas, perfeccionaba una serie de artimañas naturales que eran sus mejores armas. No podía permitirse un sólo minuto de distracción, y necesitaba cambiar de papel á cada instante. Por las noches se quedaba dormida de cansancio, soñando cosas diferentes entre sí, y entonces pasaban por su imaginación figuras y ansias embrolladas.

La noche del casamiento se celebró este con una comida suntuosamente servida, que reunió en el gran comedor de la plaza de Vendôme una docena de convidados escogidos, entre los cuales estaban el conde y el duque de Fonteroy, Sofia Verneuil, Felipe Aubryet, Roberto Charamol y su muger (Gustavo, el grande hombre, había declinado la invitación por temor á disgustar á Laura Montmellán), el viejo Murrelthier, judío, financiero, padre de Mina Charamol... Clotilde Aubryet había determinado ir más tarde, á fin de evitar el ridículo de encontrarse en casa de su hijo sentada á la misma mesa que su ex-marido. Además llevaría á su hermana para imponer silencio á las malas lenguas que la acusaban de secuestrarla. Estos puntos delicados habían sido arreglados antes, gracias á una diplomacia sabia y complicada, á la cual se debía también la reconciliación de las dos madres, hecha con el fin de que ninguna nube obscureciera el esplendor de la fiesta.

Sin embargo, la comida adolecía de falta de cordialidad, á causa de la disparidad de caracteres de los convidados. Felipe Aubryet descontento del resultado de «Una equivocación», estaba mohino, y apenas respondía á las carantoñas de Sofia, su vecina. En vano ella, que conocía sus temas favoritos, intentaba proporcionarle ocasión de contar

una anécdota personal ó un pasaje histórico. El dramaturgo, displicente, bajaba su cabeza sobre el plato.

Darnot sondeaba al viejo Murrelthier para ver si había algo que extraer de este judío marrullero. Pero al mismo tiempo espiaba á Juana, pues su instinto amoroso le advertía que alguna intriga mediaba entre Pablo de Fonteroy y aquélla á quien él trataba de conquistar. Juana por su parte procuraba no mirar al conde, á quien había enseñado la lección antes: «Olvida que somos amantes; este es el mejor medio de impedir que los demás lo conozcan»... Aparentaba ocuparse únicamente del duque de Fonteroy, el padre de Pablo. Su coquetería, su gracia, su belleza, se dirigían sólo á él. Llevaba Juana un vestido de tul negro muy lijero y muy descotado, que se tenía en sus espaldas redondas gracias á dos delgadas cintas. Sus ojos soñadores y burlescos estaban llenos de luces cambiantes, como los de los gatos, melancólicos cuando reía, alegres cuando se quedaba escuchando con atención. Comía de prisa y habilmente, y bebía con voluptuosidad. Cada uno de sus gestos revelaba una armonía profunda entre sus deseos y su satisfacción.

Francisco se estaba callado cuando no tenía que dar órdenes á los criados, cuyos menores movimientos seguía con cuidado. Sentía que Juana se apartaba de él, pero no quería confesárselo á sí mismo, por que entónces necesitaría obrar, hacer algo, tomar alguna determinación. Comprendía que su tren de vida los llevaba infaliblemente al desastre, y no tenía fuerza para detenerle. A ciertas horas odiaba á Darnot, á su suegra, á los parásitos

que le devoraban, y, sin embargo, les ponía buena cara y quería persuadirse de que los amaba y era estimado por ellos, disfrazando así con una falsa hombría de bien una irritación perpétua. Al menos cuando se sentaba á la mesa de juego, ó cuando tomaba un *cocktail*, ó cuando se dejaba dominar por el aturdimiento en las carreras, en la alternativa de la ganancia ó de la pérdida, no pensaba en estas tristes cosas, no había para él horizonte moral. No se decidía á adoptar una solución, por flojedad, por terror al esfuerzo y á las responsabilidades, y su conciencia así despedazada era una polvareda que el tiempo aventaba.

Una distracción voluntaria de la páfida Mina Charamol hizo que se hablara de Froncín y su suicidio, cuya verdadera causa no era un misterio para nadie. Este drama encantaba á Juana, que veía en él como una revancha, y preguntó hipócritamente:

—¿Es verdad que mi ex-madre adoptiva, Laura Montmelian, ha tenido alguna intervención en esa desgracia?

Roberto Charamol, bastante atormentado, guardó silencio, pues temía perder la simpatía de «La Intempestiva», y por otro lado estaba celoso de su hermano.

Descontenta de este silencio Juana insistió:

—Parece que desde ese suicidio Saverne está muy malo. Coquenat, su amigo, nos afirmaba la otra noche que no viviría seis meses, que tosía, que escupía sangre... ¿No fué eso lo que dijo, Francisco...

Francisco hizo un gesto vago, como si prefiriera esquivar este delicado asunto, pero Darnot tomó

entonces la palabra y dijo con su acento de aventurero:

—Yo estoy bien informado... Mariana Froncín, que debe entrar en breve como inspectora en el «Nuevo Paris»—ustedes dirán que esto no es una noticia—Mariana Froncín, repito, no sale del hotel de Saverne. Allí estaba la mañana del suicidio, la tarde del entierro... ¡Oh, yo no quiero hacer á ustedes insinuaciones, cada cual puede pensar como quiera, naturalmente...

Y como las gentes se reían añadió:

—Ella es quien le mima, quien le prepara las tisanas, los baños de pies, quien aparta de él á los importunos... é importunas... Ustedes saben que ella es muy devota: pues bien; parece que está en vías de convertir á su amante, á quien hace repetir sus oraciones... En cuanto á él, está tan delgado —y nunca fué grueso—que no le reconoceríamos ya. Coquenat le llama el espectro de Don Juan.

Sofía Verneuil decía á Felipe Aubryet:

—Figúrese V. que no tienen cinco céntimos... y ahí están mil francos en flores sobre el mantel... Son insensatos, créame V....

El «diablo de hombre» alzó las espaldas.

Abandonaron la mesa. En el salón esperaban ya Clotilde Aubryet, su hermana Enriqueta, rígida, negra, silenciosa, Eva de Sornine y Honestín. La aparición de Enriqueta, que pasaba por loca ó parálitica, aumentó el embarazo de todos y la frialdad de la reunión.

—Esto es una sorpresa...—decía Darnot—Francisco no quiere que su tía sea descartada de todo. Y ella comprende muy bien, verán ustedes... Aproxímense, señoras, no muerde...

—Yo no me atrevo. Me dá miedo con su gran

cabeza amarilla, sus cintas y sus ojos fijos...—declaró Eva de Sornine.

A fin de reanimar á la concurrencia, Sofía se sentó al piano y empezó á tocar una marcha húngara.

En aquel momento entró Ignacio, á quien Juana había invitado para que Laura y María Montmellán tuvieran noticias de la vida lujosa y mundana que ella hacía con Francisco, y á quien María, tanto por curiosidad como por táctica, había exigido que aceptara la invitación. De suerte que el pobre Ignacio se había mostrado sumiso vasallo. La música húngara de Sofía atenúo la importancia de su aparición.

En tanto, reunido el servicio, la enorme Mitron, portera de la calle de Pigalle, su fiel Enrique, pequeño y ágil, Lucía, que parecía haber sufrido el tormento de la rueda, Victor y algunos camaradas suyos embrutecidos por el alcohol, cambiaban impresiones definitivas.

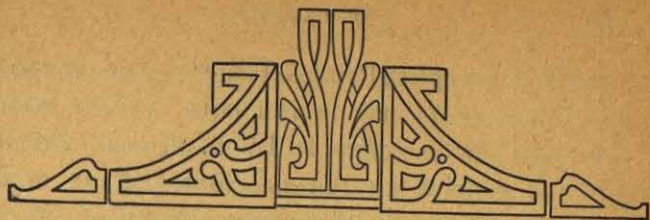
—Antes que en dar *soirées* debieran pensar en pagar al panadero.

—El peor es ese Darnot. ¡Cómo se acuesta con el ama!...

—No, si es el conde de Fonteroy, el amante de ella. Su *chauffeur* me ha asegurado que la señora no sale de allí.

—¿Habeis visto á la Verneuil? Tiene el aire de un papagayo negro... suponiendo que los haya asi... No hace aun seis meses que murió su marido. ¡Qué porquería son estos burgueses!...

—Vamos, señoras y señores, haya indulgencia —dijo el grueso jefe de cocina volviéndose hacia los que hablaban.—Si nosotros estuviéramos en su sitio, puede ser que hicieramos lo que ellos hacen.



## CAPÍTULO VII

### Un año después

En la grande y magnífica habitación de Pablo de Fonteroy, que ocupaba ella sola casi un piso de su hotel del parque de Monceau, el padre y el hijo estaban sentados frente á frente mirándose con ternura.

Por la primera vez desde muchos años, desde la muerte de la duquesa, su común pasión, se iban á separar. Cansado de París el duque, se retiraba á una propiedad de familia, *El Mas-bleu*, en los alrededores de Arlés. Era una tradición entre los Fonteroy ese retiro, cuando pasaban de los sesenta años. Después de una existencia generalmente desordenada y fastuosa, los invadía una formalidad tardía y se refugiaban en el campo.

—Las ocho y media—dijo el viejo mirando su reloj—no me quedan más que unos minutos.